

Fecha 06.01.2010	Sección Opinión	Página 3
---------------------	--------------------	-------------



Ni astros ni efemérides

Ahora se trata de construir un futuro común para todos. Florestán

Siempre he sido un escéptico, más bien un incrédulo, de la fatalidad de los astros y de las fechas.

Quizá el mayor engaño colectivo se vivió en las vísperas de 2000, plazo fatal, aseguraban, para todo un catálogo de cataclismos que arrasaban con la humanidad, luego de dejarla aislada con la desconexión de todos los sistemas de computación, el desplome de los aviones en vuelo y el explosivo gran final del planeta, nada de lo cual, por supuesto, ocurrió, pero que millones de personas en el mundo daban por seguro por dos motivos, que no razones: la suma de los dígitos del año nuevo y el fin del milenio, lance en el que, ante la decepción por la sobrevivencia del planeta, arrancó otra discusión global: si ese segundo milenio había terminado en 2000 o en 1999 y si el nuevo iniciaba en 2001 o en 2000.

En fin, que las predicciones catastrofistas del nuevo milenio quedaron en un gran timo, como los que circulán con perversa periodicidad para engañar a incautos sobre

un gran terremoto final o el nuevo diluvio universal.

En esa misma línea han lanzado una cadena que, como silogismo, asegura que a la independencia de 1810 y la revolución de 1910, en este 2010 concluye que estallará otro movimiento social a la altura de aquéllos, sofisma éste que atan, de nuevo, a la efemérides por la efemérides, pero ya convertido en discurso político, tema de campaña y de carrera por el poder.

Como si la mera suma de las fechas, y no de las voluntades, llevara a los pueblos a las revoluciones y a las guerras civiles; como si ese mismo factor, los calendarios y no las carencias y las desigualdades, provocaran los grandes movimientos populares.

Invocar aniversarios como detonantes por sí mismos de los grandes cambios es un engaño y una falta de respeto a la miseria de la mitad de los mexicanos que, de nuevo y como siempre, toman distancia, desconfiados de los políticos y sus discursos.

Pero esto no quiere decir que el centenario de la independencia y el bicentenario de revolución deban ignorarse; al contrario, habría que aprovecharlos para, desde ahí, llevar a cabo una revisión de lo que ha sido la historia de este país y, de la mano, buscar un mejor destino que sin duda merece.

Veremos si quienes hacen los discursos desde todas las geometrías políticas son capaces de dejar el verbo, asumir compromisos, encontrar coincidencias en sus diferencias y comenzar a ver por los intereses del país con la misma intensidad que han visto por los suyos.

Y entonces México comenzaría a ser otro país mejor, muchísimo mejor.

Pero eso no se logra con simples efemérides, calendarios, leyendas urbanas, juegos florales ni la mera alineación de los astros; eso sólo se alcanzará cuando logremos sumar todas las voluntades en un destino mejor y un futuro común.

Nos vemos mañana, pero en privado. ■■
lopezdoriga@milenio.com

